

I

## EL MAR

Estoy en medio de una calle que no reconozco. Los graffiti de una pared sucia me recuerdan la inscripción que hay alrededor de los arcos luminosos del dormitorio de mi casa. No obstante, sin entender lo que se ha escrito aquí, sé bien que no tiene nada que ver con el color y la luz. Los tres cuerpos tumbados boca abajo forman manchas negras en el suelo. El único brillo es el de los charcos de sangre roja bajo el zumbido de las moscas. Un par de metros más lejos yace el cuerpo de una mujer, los brazos extendidos a ambos lados, las piernas rectas, la cara mirando al cielo. El desgarrado vestido amarillo se arrastra como un ropaje cuidadosamente colocado hacia un lado, dejando desnuda una de sus piernas. Es curioso lo provocativamente bello que resulta su cuerpo allí tendido, en medio de la calle. Como también me asombra que la luna, azafranada en el cielo nublado, arroje una luz tan cruel y violenta sobre los sacos de arena apilados alrededor de los edificios y los cuerpos que están tendidos frente a ellos.

No tengo idea de la hora que es y todavía no hay señales del alba. Durante la noche, en plena batalla, me escondí con un reportero de Associated Press en el sótano de un hotel utilizado como centro de detención. Después de algunas horas no pude aguantar más pero los grupos paramilitares, que se habían hecho cargo del edificio, decretaron que nadie podía salir. A las cuatro de la madrugada, desaparecieron los soldados que vigilaban la puerta del vestíbulo. Jacques, jurando que no podía más, iba a intentar mandar ya su reportaje. Pero yo quise ver lo que estaba pasando fuera, en las calles.

De repente, ahora, suena una música. Un ruidoso grupo de jóvenes sale de un bloque de casas al otro lado de la calle. Son seis chicos. No parecen tener más de 14 o 15 años; su juventud me reconforta. Uno de ellos lleva un acordeón atado al cuerpo y lo toca con poca decisión. Las risas y cantos son un contrapunto extraño a las metralletas que dos de los jóvenes empuñan. Se sitúan alrededor de la mujer tendida en el suelo. Los delgados cuerpos empiezan a moverse con agilidad mientras el músico toca un ritmo extrañamente discordante. Sus brazos se levantan al aire para luego descender hacia el cuerpo que está en el suelo. Me siento privilegiada de ser testigo de lo que, al principio, imagino es algún rito de despedida. Cuando me acerco con mi cámara, la música cambia de repente y parece surgida de una máquina de discos. Desalmadas, las figuras se emparejan y empiezan a bailar frenéticamente alrededor del cuerpo, dándole patadas y pisoteándolo, mientras ríen históricamente.

Casi paralizada, al tiempo que mi mente trata desesperadamente de entender este cambio sádico en el ritual, les miro, la máquina fotográfica colgando inútil de mi mano. Pensaba que no me habían visto, pero ahora uno de ellos hace

señas para que me acerque.

—Ven. Ven y hacer foto.

Nerviosa, hago dos o tres fotos hasta que una de las metralletas me apunta. Las seis figuras pasan por encima del cuerpo y se alinean. Al acercarme, las insolentes sonrisas hacen que el miedo me retuerza el vientre. Están casi frente a mí cuando un camión llega por la esquina. En un momento los jóvenes desaparecen y vuelven a entrar en el edificio. No hay ni música, ni metralletas. Me quedo sola al lado de la mujer del vestido desgarrado.

El camión se detiene a mi lado. El oficial que está sentado junto al conductor ni siquiera se molesta en bajar. Se asoma por la ventanilla hasta que su cara queda justo delante de la mía. Huelo el alcohol en su aliento.

—No fotos, lady. Salga de aquí inmediatamente.

Pero no me pide que le entregue la cámara.

Me doy la vuelta y empiezo a caminar tan rápido como puedo, intentando no correr. Instintivamente, mis brazos aprietan las bolsas del equipo que cuelgan de mi cuerpo, con la mano derecha agarrada a la correa de la cámara que me rodea el cuello. Detrás, el camión avanza inexorablemente, su parachoques frontal casi tocándome el culo, sus faros como dos soles penetrando en mi cuerpo.

Juntos, nos movemos así por las calles desoladas, pasando frente a edificios que arden todavía sin llamas, mi nariz atiborrada del olor a piedra aplastada. No puedo quitarme de la mente la visión de la mujer tendida en medio de la calle. El vestido amarillo. La pierna desnuda. Los brazos extendidos. Supuse que estaba muerta, pero ahora me doy cuenta de que puede estar viva todavía. Vuelvo la cabeza para mirar atrás, pero los faros del camión que me sigue son como reflectores que me ciegan.

Oigo un llanto, quejidos regulares que sin duda alguna piden auxilio en esta lengua que no entiendo. Por un momento intento aminorar el paso tratando de oír lo que están diciendo, pero el camión sigue la marcha, sus faros empujándome hacia adelante.

Por un momento pienso en regresar al hotel, a las tinieblas del sótano lleno de aquellos gestos inarticulados, de sonidos incomprensibles, de gritos, de chillidos, de las infernales máquinas de escribir.

No. No.

La terrible angustia de los quejidos se debilita. Son más fatigosos. Irregulares. Abruptamente, cesan. Ahora, el único sonido es el de mis pasos corriendo por la calle adoquinada.

Una risa desagradable me asusta. Doy un traspié y entonces, sin previo aviso, el camión gira para desaparecer por una estrecha calle contigua. Corro sola en la oscuridad, mi corazón golpeando como un martillo, el pulso dándome punzadas en la cabeza.

Sin atreverme a parar, tengo la impresión de que en las ventanas de los edificios que bordean la calle, aparentemente vacíos, hay caras que me miran, acusándome.